

EL SÉPTIMO CÍRCULO

# EL ALMIRANTE FLOTANTE

por varios miembros del  
DETECTION CLUB  
de Londres



Catorce miembros del prestigioso The Detection Club, entre ellos autores de la talla de A. Christie, D. L. Sayers, G. K. Chesterton o R. Knox, recibieron la propuesta de escribir una obra colectiva partiendo del planteamiento inicial de un caso criminal. Cada colaborador se enfrentó al misterio sin saber qué solución tenían en mente los autores precedentes y entregaron en un sobre cerrado su particular solución al crimen. Por primera vez en la historia, los creadores de Hercules Poirot, la Srta. Marple, lord Peter Wimsey y el padre Brown aplicaban conjuntamente su pericia al mismo caso. Así nació *El almirante flotante*, considerada como una de las novelas clásicas del género policiaco.

## ADVERTENCIA

Catorce autores han tejido esta novela múltiple. El prólogo es de Chesterton; Dorothy Sayers, en la introducción, narra la curiosa historia de su origen. Cada uno de los autores (todos ellos miembros del Detection Club de Londres) escribió sucesivamente un capítulo y entregó, en un sobre cerrado, el resumen de la solución que había pensado dar. Concluida la obra, los sobres fueron abiertos y los resúmenes figuran al final, como apéndices.

Este libro no es sólo una ingeniosa partida jugada entre maestros, sino una muy interesante novela policial única por su concepción y por el método con que ha sido ejecutada.

Colaboran en ella:

**Dorothy L. Sayers** (1893), autora de *Strong Poison*, *Murder Must Advertise*, *Bawdy Night*, etc.; **G. K. Chesterton** (1874-1935), autor de *Father Brown Stories*, *The Poet and the Lunatics*, *The Paradoxes of Mr. Pond*, etc.; el canónigo **Victor L. Whitechurch** (1868-1933), autor de *Shot on the Dawns*, etc.; **G. D. H. Cole** (1880) y su esposa **M. I. Cole** (1893), autores de *The Brooklyn Murder*, *Lesson in Crime*, *Greek Tragedy*, etc.; **Henry Wade** (sir Henry Lancelot Aubrey Fletcher) (1887), autor de *The Duke of York's Steps*, etc.; **Agatha Christie** (circa 1890), autora de *The Murder of Roger Ackroyd*, *Peril at End House*, *The Mysterious Mr. Quin*, etc.; **John Rhode** (el mayor C. J. C. Street) (1884), autor de *The Paddington Mystery*, *Murders in Praed Street*, etc.; **Milward Kennedy** (M. R. K. Burge) (1894), autor de *Death to the Rescue*, *Sic Transit Gloria*, *The Murderer of Sleep*, *Corpse in Cold Storage*, etc.; **Ronald Knox** (1888), autor de *Viaduct Murder*, *The Double Cross Mystery*, etc.; **Freeman Wills Crofts** (1879), autor de *The Cask*, *Inspector*

*French's Greatest Case, etc.*; **Edgar Jepson** (1863-1938); **Clemence Dane** (Winifred Ashton), autor de *Re-enter Sir John* (en colaboración con Hellen Simpson), etc.; **Anthony Berkeley Cox** (1893), autor de *The Poisoned Chocolates Case, Trial and Error, etc.* Todos son ingleses.



# INTRODUCCIÓN

*por Dorothy L. Sayers*

Cuando se invita a los miembros de la policía oficial a emitir una opinión sobre los grandes detectives de la novela, suelen decir con una amable sonrisa: «Bien... claro está que las cosas son muy distintas para ellos de lo que son para nosotros. El autor sabe de antemano quién cometió el crimen, y el gran detective se limita a recoger las pistas que se van sembrando a su paso. No deja de ser maravillosa —añaden con indulgencia— la cantidad de ideas inteligentes que estos autores desarrollan, pero no creemos que tuvieran mucho éxito en la vida práctica.»

Es probable que haya una buena parte de verdad en tales juicios, por lo demás difíciles de refutar. Si, por ejemplo, se pudiera inducir a míster John Rhode a cometer un verdadero crimen con alguno de esos métodos ingeniosamente simples que con tanta facilidad inventa en sus novelas, y si míster Freeman Wills Croft, pongamos por caso, emprendiese su persecución, Bradshaw en mano, desde Stranraer hasta Saint Jean-les-Pins, sin duda podríamos someter a prueba el asunto, pero los escritores de novelas policiales no son, por regla general, gente sanguinaria. Evitan la violencia física, por dos motivos: primero, porque sus instintos criminales logran una descarga tan eficaz en la página impresa que les queda poca energía para desbordarse en la acción; y segundo, porque están tan habituados a la idea de que los asesinatos se cometen con el exclusivo objeto de ser descubiertos, que sienten una absoluta repugnancia a poner en práctica sus teorías criminales.

En cuanto a la posibilidad de realizar una auténtica investigación policial, el hecho es que muy pocos de ellos disponen del tiempo que exigiría, dedicados como están a ganarse el pan como sensatos ciudadanos que no disfrutan del ocio ilimitado y feliz concedido a un Wimsey o a un padre Brown.

Pero, a falta de una competición en serio, un buen juego puede hacer sus veces, y *El almirante flotante* es el juego policial tal como lo jugaron, sobre el papel, varios miembros del Detection Club. Y aquí cabría la pregunta: «¿Qué es eso del Detection Club?»

Es una sociedad privada de autores de novelas policiales que existe en Gran Bretaña, y cuyo propósito es proporcionarles la oportunidad de cenar juntos a intervalos regulares, para conversar interminablemente acerca del oficio. Esta sociedad no tiene compromisos con ningún editor, ni tampoco, aunque exista en todos sus miembros la honrada ambición de obtener algún que otro penique a cambio del placer que al público dispensan, cuenta entre sus fines primordiales la preocupación de hacer dinero. Sus miembros se reclutan exclusivamente entre los autores de auténticas novelas policiales (y no de meros relatos de aventuras ni de «*thrillers*») y la elección, que se efectúa por medio del voto del club en pleno ante la recomendación de dos o más de sus socios, obliga a un juramento determinado.

Si bien todas las torturas del universo no podrían inducirme a revelar dato alguno referente al solemne ritual del Detection Club, acaso me sea lícito aventurar unas pocas palabras respecto a la naturaleza del juramento exigido. Brevemente, la cosa viene a consistir en que cada autor se compromete a jugar limpio con el público y con sus colegas. Sus detectives deberán investigar por sus propios medios, sin ayuda de accidentes ni de coincidencias; no inventará rayos mortíferos ni venenos absurdos para llegar a soluciones que ningún ser normal podría esperar, y tratará de escribir en el inglés más correcto posible. Guardará una in-

violable reserva sobre los argumentos y títulos futuros de sus colegas, a quienes prestará cuanta ayuda pueda cuando necesiten consejo acerca de asuntos técnicos. Si alguna finalidad seria existe en la organización confesadamente frívola del Detection Club, es la de mantener la novela policial en el más elevado nivel que su naturaleza intrínseca consienta y depurarla del funesto legado de sensacionalismo, cháchara y estilo corrompido que por desgracia la abrumó en los tiempos pasados.

Y ahora una palabra más sobre las circunstancias en que fue escrito *El almirante flotante*. Su asunto debía ser lo más semejante posible a un caso policial verdadero. Con la única excepción del pintoresco prólogo de míster Chesterton, que fue escrito al final, cada colaborador se las entendió con el problema que le planteaban los capítulos precedentes sin la más remota idea de la solución, o las soluciones, que sus predecesores pudieran tener previstas. Sólo dos normas se le impusieron: cada uno debía urdir su intriga con una solución determinada, vale decir que no le estaba permitido introducir nuevas complicaciones con el mero propósito de «dificultar el caso». Debía estar dispuesto, si eventualmente así le fuera exigido, a explicar sus propias pistas en forma coherente y plausible, y para tener la seguridad de que jugaba limpio a este respecto se le obligaba a entregar, junto con su correspondiente capítulo, su solución particular del enigma. Estas soluciones se incluyen al final del libro, en beneficio del lector curioso.

En segundo término, cada escritor se comprometía a afrontar lealmente *todas* las dificultades dejadas para su análisis por sus predecesores. Si la actitud de Elma acerca del amor y el matrimonio parecía extrañamente voluble, o si el bote era guardado al revés en la casilla, tales hechos debían encajar en su solución y no le estaba permitido descartarlos en calidad de caprichos o accidentes, ni ofrecer una explicación que no los tuviese en cuenta.



Es natural que a medida que las pistas se fueron acumulando con el tiempo, las soluciones sugeridas se hicieron correlativamente más complicadas y precisas, al tiempo que los contornos generales de la intriga se consolidaban y concretaban. Pero es entretenido y aleccionador observar el número asombroso de interpretaciones diferentes que pueden concebirse para dar cuenta de los hechos más simples. Donde un escritor dejó una pista, convencido quizá de que sólo podía apuntar en una dirección evidente, otros escritores sucesivos se las compusieron para hacerla apuntar en la dirección exactamente contraria. Y tal vez sea en esto en lo que el juego se aproximó más a la realidad. Solemos juzgarnos los unos a los otros por nuestras reacciones externas, pero, en la motivación en ellas implícita, nuestro juicio puede errar total mente. Preocupados por nuestra interpretación personal del asunto, no alcanzamos a discernir más allá del hecho sino un motivo posible, y por consiguiente nuestra solución puede ser perfectamente lógica y consistente, sin dejar por ello de ser perfectamente errónea. Acaso sea esta comprobación la que produjo en nosotros, autores de novelas policiales, un efecto más saludable de confusión y asombro. Estamos por demás habituados a consentir que nuestro gran detective diga con petulancia: «¿No ve usted, mi querido Watson, que estos hechos no admiten más que una interpretación?» A partir de nuestra experiencia con *El almirante flotante*, nuestros grandes sabuesos tendrán que aprender a expresarse con más cautela.

Si el juego que así practicamos para nuestro propio esparcimiento logra, además, divertir a otras personas, es al lector a quien toca decirlo. Sólo podemos asegurarle que intervenimos en él honradamente, y respetando las reglas, con todo el ímpetu y el entusiasmo de los buenos jugadores. He de confesar por mi parte que la desesperada perplejidad en que me sumió a su recibo el manojó de rompecabezas de mister Milward Kennedy tuvo al parecer su per-

fecto equivalente en el espantoso desconcierto que acometió al padre Ronald Knox cuando yo —luego de haber aclarado, según mi optimista convicción, una cantidad de puntos oscuros— le transferí el problema.

El hecho de que míster Anthony Berkeley haya frustrado tan enérgicamente nuestros designios y malogrado nuestros traviesos ardidés en la solución definitiva, debo atribuirlo en parte a su nativo ingenio, y en parte a la briosa interferencia de los tres colaboradores restantes en el desenlace, ya que ellos descubrieron un cúmulo de datos y de motivos acerca de los cuales nada sabíamos nosotros, los más antiguos, que fatalmente tanteábamos en la oscuridad.

Creo, no obstante, que ninguno de nosotros puede acusar de la más leve malignidad a los demás. Tanto valdría tachar de malintencionado al errabundo curso del río Whyn, que, poderosamente dirigido por míster Henry Wade y por míster John Rhode, luminarias gemelas de sus caprichosas aguas, llevó tan apaciblemente hasta sus floridas márgenes el cadáver del almirante.

## PRÓLOGO

### Los sueños de las tres pipas

Tres visiones fugaces a través del humo movedizo; tres historias que aún revolotean alrededor de un mísero fumadero en Hong Kong, bien pueden, hoy en día, ser rechazadas como ensueños creados por el opio. Y sin embargo, ocurrieron en realidad; fueron etapas en la gran desventura de la vida de un hombre, aunque muchos de los que representaron su papel en el drama las olvidasen a la mañana siguiente.

Un voluminoso farol de papel, toscamente decorado con un fulgurante dragón carmesí, colgaba sobre la entrada sombría y casi subterránea del tugurio.

La luna estaba alta, y la calleja casi desierta.

Todos hablamos del misterio de Oriente, y en cierto sentido todos nos equivocamos al hacerlo. Asia es un viejo esqueleto endurecido por los siglos, en forma tal que todos sus huesos destacan, y por eso hay en ella menos disfraz y menos mistificación que en los problemas de Occidente, más lleno de movimiento y de vida. Los traficantes de drogas, las brujas del opio y las prostitutas que constituyen la sórdida población de ese mundo, tienen funciones reconocidas y fijas en una especie de jerarquía social; su vicio es a veces oficial y casi religioso, como ocurre con las danzarinas en los templos.

Pero el oficial de la Armada británica que caminaba en aquel instante junto a aquella puerta y tuvo ocasión de detenerse allí, constituía en realidad un misterio mucho más grande, porque además lo era hasta para sí mismo.

Fundidos en su carácter había elementos, tanto nacionales como individuales, de la más compleja y contradictoria naturaleza: códigos y convenciones referentes a códigos, en una conciencia extrañamente caprichosa e ilógica; instintos sentimentales en quien abominaba del sentimentalismo y sentimientos religiosos que habían sobrevivido a la religión; un patriotismo que se vanagloriaba de ser meramente práctico y profesional; todas las enmarañadas tradiciones de un gran pasado paga no y de un gran pasado cristiano; el misterio del Occidente.

Un misterio que se había ido haciendo en él cada vez más misterioso, porque jamás le había prestado atención.

Desde luego, para los fines de esta historia nadie necesita pensar sino en una parte muy reducida de este enigma. A semejanza de todos los hombres de su tipo, nuestro oficial alimentaba un odio absolutamente sincero hacia toda forma de opresión individual, cosa que no le hubiera impedido intervenir en cualquier forma de opresión impersonal y colectiva, con tal de que la responsabilidad se diluyera en toda la civilización, el país o la clase a que pertenecía. Era capitán de un barco de guerra anclado en aquel momento en el muelle de Hong Kong; y habría bombardeado a Hong Kong en masa, y exterminado a la mitad de su población, siempre que ello hubiera ocurrido en esa vergonzosa guerra por cuyo intermedio Gran Bretaña introdujo a la fuerza el opio en China. Pero cuando el azar le presentó a una determinada joven china que era arrastrada por la calle por un grasiento rufián amarillo, y arrojada de cabeza en el fumadero, algo saltó espontáneamente en su interior: una época que en realidad no ha pasado nunca, ciertas novelas que el barbero dejó de quemar, algo que todavía merece el glorioso insulto de ser llamado «quijotesco». Con dos o tres reveses mandó al chino dando tumbos a través de la calzada, por la que rodó hasta una alcantarilla distante. Pero ya la muchacha había caído escalones abajo, y el capitán se precipitó detrás de ella por la entrada sombría, con la im-

petuosidad puramente instintiva de un toro que acomete. No había en aquel momento en su conciencia otra cosa que rabia y el vago propósito de rescatar a la cautiva de tan poco incitante mazmorra. Pero sobre esta simple disposición de ánimo pareció cernirse un presagio siniestro.

El sangriento dragón del farolillo lo miraba como fascinándolo...

Y lo asaltó una ciega aprensión, una aprensión idéntica a la que hubiera podido sentir san Jorge si, en el instante de lanzarse contra el dragón con su victoriosa lanza en ristre, hubiera sido devorado por el monstruo.

Con todo, la escena inmediatamente entrevista por una hendedura de aquellos vapores visionarios, no es el cuadro de horror y de castigo que algunos sensacionalistas podrían legítimamente esperar. No será necesario mortificar el refinado gusto de los lectores modernos con imágenes de tortura, ni eludir la vulgaridad de un final feliz, matando al personaje principal de la obra desde el primer capítulo.

Y, sin embargo, la escena revelada fue en sus últimos efectos casi más trágica que una escena de muerte. Y lo más trágico de ella fue su relativa comicidad.

El resplandor de las abigarradas lámparas del tugurio sólo reveló una confusión de personajes heterogéneos: unos cuantos culíes borrachos, con sus rostros como de piedra amarilla; los marineros de un barco llegado a Hong Kong aquella misma mañana, enarbolando la bandera de los Estados Unidos y, por último, el toque final de un oficial de la Armada británica, hombre de elevada estatura en su uniforme de capitán, que estaba actuando de un modo muy extraño, y al parecer bajo influencias también bastante extrañas. Algunos creyeron que estaba bailando una danza marinera, pero combinada con movimientos exclusivamente destinados a conservar el equilibrio.

La multitud que lo contemplaba era americana, es decir, compuesta de suecos, varios polacos, unos cuantos eslavos

de nacionalidad innominada, y un gran número de láscares oscuros provenientes de los extremos de la tierra.

Pero todos vieron algo que siempre habían tenido muchas ganas de ver y que nunca habían visto anteriormente: vieron doblarse a un caballero inglés. Se dobló con voluptuosa lentitud y de inmediato, repentinamente, se dobló más todavía y se deslizó al suelo con un golpe seco. Aún se le oyó murmurar:

—Un *whisky* condenadamente malo, pero condenadamente bueno. Lo que quiero decir es —explicó con laboriosa lógica— que un *whisky* infernalmente malo es algo infernalmente bueno.

—Ha tomado algo más que *whisky* —observó uno de los marineros suecos en su jerga sueco-americana.

—Yo diría que ha tomado todo lo que puede tomarse —replicó un polaco con acento refinado.

Y entonces un pequeño judío moreno, nacido en Budapest pero que había vivido en Whitechapel, rompió a cantar con tono agudo una canción que había escuchado allí:

«Toda muchacha linda ama a algún marinero...»

Y su canción tenía un matiz despectivo que, al reaparecer algún día en el rostro de Trotski, estaba destinado a transformar el mundo.

La aurora nos da la tercera visión del muelle de Hong Kong, donde el barco de guerra con la enseña de las franjas y las estrellas estaba anclado junto al otro con la bandera del Reino Unido, y en este último todo era inquietud y turbación. El primer y el segundo oficial se miraban entre sí con creciente alarma y desconfianza, y uno de ellos consultó su reloj.

—¿Podría usted sugerir algo, míster Lutterell? —preguntó con voz aguda pero con mirada suavemente vaga.

—Me parece que tendremos que enviar a alguien a tierra para averiguar —contestó míster Lutterell.

En aquel momento apareció un tercer oficial remolcando a un hombre de la tripulación, pesado e indeciso, que visiblemente poseía alguna información aunque no parecía muy dispuesto a trasmitirla.

—Pues verá usted, señor —dijo por último—, el capitán ha sido hallado.

Algo en su tono inspiró al primer oficial un repentino espanto.

—¿Qué quiere decir con eso de «hallado»? —gritó—. Habla usted como si estuviera muerto.

—No..., no creo que esté muerto —explicó el marinero con desesperante lentitud—. Pero lo parecía.

—Temo, señor —intervino el segundo oficial en voz baja—, que en este momento lo traen aquí. Espero que lo hagan de prisa y que mantengan el asunto en la mayor reserva posible.

En tales circunstancias, el primer oficial levantó los ojos y contempló el regreso de su respetado capitán a su bien amado barco. Dos culíes de aspecto mugriento lo transportaban como si se tratara de un saco, y los oficiales se apresuraron a rodearlo y llevarlo a su camarote. Luego, míster Lutterell se volvió con presteza y mandó buscar al médico de a bordo.

—Retenga a esos hombres momentáneamente —ordenó, señalando a los culíes—; tendremos que investigar el caso. Y ahora, doctor, ¿puede usted decirnos qué le ha sucedido al capitán?

El médico era un hombre de cabeza dura y rostro enjuto, con ese tipo de franqueza que no goza de mucha popularidad en ninguna parte, y no hay duda de que en aquella oportunidad se mostró muy sincero.

—Puedo ver y oler por mí mismo —declaró— antes de comenzar el examen. Ha ingerido opio, *whisky*, y Dios sabe cuántas cosas más. Me atrevería a decir que está convertido en un saco de venenos.